

# EL DEBER:

## ANCLA DEL SER Y ARADO DE LA VIDA

### 1. Fuerza que nos ayuda a ser

**El deber hunde sus raíces en el mundo del ser y abre la vía que hacia el ser conduce.** Potencia afirmadora, eseyente y serídica, acendrada y esencializadora, el deber nos da el ser, nos hace ser en la plena acepción de la palabra, nos arraiga en el ser del que brota la recta acción y, con ella, el fruto sazonado de la vida buena, plena, libre y feliz. **Es el ancla que nos amarra al fondo insondable e inmovible del Ser que sostiene y fundamenta toda existencia,** librándonos así de naufragar en el tempestuoso mar de la vida.

El cumplimiento del deber da acceso a una vida más sólida, genuina y auténtica, una vida en la que predomina no sólo el ser sobre el hacer y el tener (los cuales, sin el ser degeneran, respectivamente, en activismo extenuante y en materialismo posesivo y depredador), sino también el ser sobre el existir, y en la cual podemos ser realmente nosotros mismos, sin manipulaciones ajenas, sin falsificaciones ni máscaras alienantes o alteradoras. **Nos hace superar el mero *ex-sistir*, la vida volcada hacia el exterior, dirigiendo nuestra mirada hacia dentro** y ayudándonos a interiorizar nuestras energías, para así poder conocernos a nosotros mismos, descubrirnos y encontrarnos, sernos y vivirnos con autenticidad. El superficial y alienante *ex-sistir* cede el paso a un vigoroso y liberador *in-sistir*, que se traduce en un ser y estar en nosotros mismos, enraizados en el propio centro y conectados con la propia esencia.

**Nuestro ser va indefectiblemente ligado a nuestros deberes.** No te engañes ni te dejes engañar por cantos de sirena que lo único que buscan es desorientarte y hacerte naufragar. Lo que tú seas, aquí y ahora o el día de mañana, dependerá de los deberes que hayas cumplido y los que estés dispuesto a cumplir.

**Sin el deber, nuestro ser se diluye, se esfuma, se atomiza y degrada,** queda soterrado, sepultado bajo un cúmulo de escorias y desechos triviales que lo cubren, lo ensombrecen, lo deforman, lo distorsionan y le impiden que aflore, se desarrolle y se expanda haciendo patente su honda verdad, su intrínseca bondad y su radiante belleza.

El deber nos ancla y arraiga en el ser. Lo cual se manifiesta en dos planos claramente diferenciados aunque íntimamente unidos: 1) por un lado, nos inserta en el orden del ser, en el orden de lo real, ese orden que hace que las cosas y los seres sean, y que puedan desarrollarse con arreglo a su propio ser; 2) y por otro lado, nos conecta con el Ser que da el ser a todo cuanto existe, nos abre al Ser, nos vincula con el Ser supremo y fontanal que es el Manantial del ser, el Fundamento de la Existencia o Manifestación universal, la Piedra angular que hace posible toda vida, todo orden y toda realidad.

**Arraigar en el ser es conectar con la realidad. Distanciarse del ser es sumirse en la irrealidad,** con todo lo que esto acarrea de daño para la vida. El deber es, por ello, el abanderado de la realidad, nos da un baño de realidad, haciéndonos realistas en el sentido más profundo y genuino de la palabra. El cumplimiento de nuestros deberes nos educa en eso tan básico y fundamental que es el respeto a la realidad y acabará dándonos una visión realista, positiva y auténtica de la vida, cosa que resulta imposible sin el deber.

El deber nos hace esenciales, siguiendo así la exhortación de **Angelus Silesius: *Mensch, werde wesentlich*** (“**Hombre, hazte esencial**”; debiendo entenderse aquí la voz “hombre”, a diferencia de *Mann*, como sinónima de “ser humano”, y por tanto aplicable tanto al hombre como a la mujer). Es únicamente la vinculación con la Esencia (*das Wesen*) lo que nos puede hacer esenciales (*wesentlich*). Y el deber, que viene a ser como un eco, una voz o un aliento proveniente de la Esencia, nos pone en camino hacia tal vinculación, nos sitúa cara a cara frente a la Esencia, frente a lo Esencial, frente al Ser o lo que realmente es.

Eso es lo quiere decir la palabra “Esencia”: la naturaleza propia de las cosas o de los seres, lo permanente e invariable que hay en ellos, lo que les hace ser lo que son, lo que les constituye fundamentalmente, su propiedad intrínseca, las cualidades básicas y principales que conforman

su identidad.”Esencia” viene del latín *esse*, “ser”, vinculado a su vez al griego *ousía*, que significa “esencia, el hecho de ser”.

El deber arranca del Ser, de la Esencia, y porta un mensaje y un aliento cargado de esencialidad. **El deber apunta siempre a lo esencial.** Va más allá de lo accesorio y accidental; no digamos de lo insustancial, banal y trivial. Gracias al deber podemos, por ello, descubrir nuestro núcleo esencial que nos hace ser quien somos, desplegar en libertad nuestro propio ser, de forma rica y creadora, y vivir plenamente desde el fondo de nuestra propia esencia o íntima realidad personal. El deber nos ayuda a encontrar y afirmar nuestro Yo más alto y profundo, nuestro Ser o *Self*, nuestro Sí-mismo, que nos une a lo Absoluto, a lo Infinito y Eterno.

Refiriéndose al mensaje sagrado de la tradición judía, el rabino **Lawrence Kushner** afirma que la Ley (*the Law*), que nos indica cuáles son nuestros deberes, es “un Camino”, “**el Camino**” (*the Way*). Y ese Camino, tan importante para nuestra vida, añade Kushner, “**viene desde la Fuente del Todo Ser**” (*comes from the Source of All Being*), pudiendo ser considerado como “la infra-estructura del ser” (*the infra-structure of being*), “el código maestro para toda creación” y también “la fuente del yo de cada persona”. El vivir de acuerdo a dicho Camino “es la más alta expresión de la conducta recta”. **Aprender sobre el Camino**, nos dice el citado autor, **es también aprender sobre ti mismo.**<sup>1</sup>

**Los deberes son como los pivotes, vigas o pilares del ser.** Son las firmes columnas que sostienen nuestro ser, las pilastras o los mojones que nos permiten afirmar nuestra realidad personal y construir una vida esencial, eseyente, serídica (*seinhaft* que se diría en alemán) y, por eso mismo, verídica; pues el Ser es la Verdad. Los deberes se alzan en nuestro diario vivir como las piedras miliarias que marcan el sendero a seguir, los hitos que señalan y jalonan el Camino del Ser.

**El cumplimiento de nuestros deberes acendra, limpia, depura y purifica nuestro ser.** Es decir, hace que se manifieste en toda pureza nuestra naturaleza o esencia verdadera y profunda. Cuando me atengo a mi deber, me libero paulatinamente de la costra superflua, espuria y banal que me impide ver quién soy y tomar conciencia tanto de mi alto destino como de mi irrenunciable misión (ligados ambos a mi ser esencial). **A medida que voy descubriendo y asumiendo deberes, voy desprendiéndome de la ganga mundana que recubre**, ocultándolo y falsificándolo, **el núcleo áureo y diamantino de mi esencia divina** (“el Reino de los Cielos” que está dentro de mí, el Reino del Ser).

Muy certera es la idea expuesta por **Jeanne Hersch** en su libro *L’être et la forme* (“El ser y la forma”) al señalar que **las “formas morales”**, entre las cuales ocupan un lugar destacado los deberes, **reciben del ser (*l’être*) la forma que las define y traza su perfil**, siendo el ser “la forma de las formas” (*la forme des formes*). Aclarando su tesis, la autora suiza afirma que “nada tiene realidad dentro de una conciencia humana sin haber *tomado forma* [*sans avoir pris forme*]. Todo lo que existe dentro de la conciencia, es el ser especificado y limitado, son formas”. La “toma de conciencia”, la toma o adopción de forma, la *prise* (sustantivo derivado del verbo *prendre*, “tomar, prender, agarrar, apoderarse, coger o recoger”), es justamente, como observa Hersch, “el acto por el cual el espíritu se apropia la materia dándole una forma”.<sup>2</sup>

Es oportuno comentar que la voz francesa *prise* (“toma”) se utiliza también como sinónima de “conquista”: así, por ejemplo, la toma de una ciudad o una fortaleza (recuérdese *la prise de la Bastille*, “la toma de la Bastilla”, hecho capital de la Revolución francesa). La palabra *prise* puede emplearse igualmente para expresar las ideas de adopción de una postura, tomar una decisión, toma de sangre, toma de tierra, toma de contacto, toma de hábito o toma de posesión en un cargo o puesto de mando, así como puede contener además el significado de cuajarse o fraguarse bien algo, teniendo asimismo el sentido de hacer mella o tener ascendiente o influencia sobre alguien (*avoir prise sur quelqu’un*).

Con respecto a este conjunto de ideas sobre la forma y la toma de forma, podemos decir que el Ser es la Forma originaria, supraformal, fontanal y fundante, formadora y moldeadora, que da forma a todo cuanto aparece o se presenta, ya sea ante nosotros o en nosotros mismos. Como tal Forma formadora, la fuerza del ser nos empodera, se apodera de nosotros y nos apodera; esto es, nos da poder para hacer lo que tenemos que hacer, permitiéndonos tomar conciencia de nuestros deberes y tomar las decisiones necesarias para llevarlos a cabo.

<sup>1</sup> L. Kushner, *Eyes remade for Wonder*, Woodstock, Vermont, 2002, p. 36.

<sup>2</sup> J. Hersch, *L’être et la forme*, Neuchâtel, 1946, pp. 13, 131.

El deber es poder, como ya hemos visto en otra ocasión. **Los deberes son poderes de los que disponemos para encauzar correctamente nuestra vida** y vencer toda oposición o contratiempo que podamos encontrar en el camino. La voz autoritaria del deber manda formar a nuestro ejército, llama a filas a nuestras tropas, para librar la batalla en la que nos jugamos todo, la batalla que nos ha de llevar a la conquista espiritual. **El deber**, cuya fuerza viene del Ser como Forma que da forma a la vida intelectual y moral, **nos abre la vía a la toma de una ciudadela que parece lejana e inexpugnable: la ciudad del Ser**, el baluarte de la Esencia, que es el reino de la felicidad, la paz, la libertad, la unidad y la plenitud.

**Gracias a los deberes** que vamos reconociendo, descubriendo, aceptando y cumpliendo a medida que avanzamos en nuestra senda vital, **nuestra vida cobra forma, cuaja y se fragua, adquiriendo el temple del acero bien forjado**, permitiéndonos tomar posesión de nuestra realidad, de nuestro mundo. Gracias al deber, en vez de devenir víctima de la circunstancia que nos ha tocado vivir, puedo poseerla, hacerla propia, encauzarla y salvarla, como pedía Ortega. Bien se puede decir que el deber viene a ser como el agua celestial que, portando un mensaje de lo alto, un mensaje liberador, riega la vida haciendo que crezca, que grane, que se desarrolle con fuerza y de forma sana, que florezca y dé fruto sazonado.

**Hay en el núcleo mismo del deber una actitud afirmadora, un sí resuelto y decidido al ser** --el ser del hombre y el ser de todo lo existente--, y por lo tanto un sí al sentido de la vida y de lo real, frente a toda tentativa de negación, destrucción o subversión. Esa fuerza de afirmación que el deber lleva consigo constituye el mejor antídoto contra las tendencias nihilistas que hacen estragos en las épocas de crisis y se adueñan de las sociedades decadentes minando sus mismas posibilidades vitales. Recurriendo a una poética expresión de Heidegger, cabría decir que **el deber es el pastor, heraldo y mensajero del ser**.

Viniendo su fuerza del Ser, de lo que realmente es, **el deber nos eleva por encima del devenir y nos libera de su tiranía**, situándonos en un plano superior en el que nos sentimos ser en plenitud. **Nos arranca de la horizontal de lo efímero y cambiante para situarnos en la vertical de lo trascendente e imperecedero**, en el punto central donde resplandece el “yo soy”, irradiación y reflejo del Yo y el Soy divinos (“Yo soy el que soy”). Con su proyección vertical, trascendente, el sentido del deber nos proyecta hacia las alturas en las que se experimenta el gozo de ser y se respira el aire puro del Eterno presente. La culminación del camino del deber es *il beato esse*, el ser feliz o dichoso (con el énfasis puesto en el *esse*, en el ser), que cantara el Dante.<sup>3</sup>

El deber imprime en nosotros una exigencia y un anhelo de ser, al tiempo que nos muestra el camino para satisfacer tal anhelo y dar cumplimiento a tal exigencia. “El hombre o ser humano es el ser que debe ante todo hacerse aquello que él es”, afirma **Max Wundt** en su obra *Ewigkeit und Endlichkeit* (“Eternidad y finitud”). Subrayando que el ser (*das Sein*) y el deber o lo éticamente debido (*das Soll*) se condicionan recíprocamente, Wundt hace notar que **“el deber está basado o fundamentado en el ser”** (*das Soll ist im Sein begründet*), pues “es el ser mismo, que se hace imperativo o debido, lo que se realiza y consume en el deber ético”. De ahí, apunta el filósofo alemán, que todo deber tenga como meta la perfección (*die Vollendung*), que es la plenitud y culminación del ser, el momento en que el ser está íntegro y completo. Lo que en el plano de lo finito y temporal se manifiesta como “la incesante inquietud [desasosiego o preocupación, *Unruhe*] del esfuerzo ético”, culmina en lo Eterno como “el reposo y la quietud de la consumación o perfección” (*die Ruhe der Vollendung*). **“En la perfección refluye el deber hacia el ser, y hacia la perfección tiende todo deber”**, sentencia Wundt.<sup>4</sup>

Conviene aclarar que Max Wundt usa el término alemán *Vollendung*, el cual suele traducirse más bien como “acabamiento”, “terminación”, “cumplimiento” o “consumación”, y no la palabra *Vollkommenheit*, que es la que usualmente se utiliza para decir “perfección” (aunque ambas vienen a ser sinónimas). La primera es una palabra compuesta del adjetivo *voll* (completo, pleno o lleno) y el sustantivo *Endung* (término, final). Hace, por tanto, referencia a algo que se ha cumplido o que llega a su cumplimiento, a un final que es plenitud y acabamiento perfecto, el término o final de lo bien ejecutado. Así, por ejemplo, en alemán se usa la expresión *nach Vollendung des 50. Lebensjahres*, cuya traducción es “cumplidos los 50 años”. Y cabe citar también la frase que Richard Wagner pone en boca de Wotan, al final de *Das Rheingold* (“El

<sup>3</sup> Dante Alighieri, *Paradiso*, III, 79.

<sup>4</sup> M. Wundt, *Ewigkeit und Endlichkeit*, Stuttgart, 1937, pp. 162 ss.

Oro del Rin), cuando el Padre y Rey de los dioses ve el castillo del Walhalla asomando en lo alto del cielo por encima de las nubes y del Arco Iris, una vez concluida su construcción por los gigantes: *vollendet ist das ewige Werk*, (“acabada está la obra eterna”).

Así será también nuestra vida tras haber recorrido de forma responsable, tenaz e inteligente la senda del deber: como un Walhalla majestuoso y radiante, como una obra bien acabada, como una auténtica obra de arte que irradia por su verdad, bondad y belleza. **El cumplimiento del deber nos lleva en verdad a la madurez, al cumplimiento o consumación de la vida.** Gracias a los deberes bien cumplidos, mi vida deviene cumplida, lograda (*accomplished*), completa y llena, bien formada, coronada por la armonía, la satisfacción, la paz y la plenitud que se siente tras el camino bien recorrido. Podré contemplarla satisfecho, alegre y complacido, como el artista, el arquitecto, el poeta o el músico que contempla con agrado y gozo la belleza de la obra realizada. Y lo haré dando gracias a Dios, que me ha permitido completarla y me ha ayudado a lo largo del camino para que tal cosa haya sido posible.

Aunque no exista ninguna relación entre ambas voces, llama la atención la **similitud** existente entre el término alemán usado por Wundt, el **sustantivo Soll**, con su significado de “deber” (en forma verbal: *ich soll*, “yo debo”), y el **español Soy**, al empezar ambas voces por la sonora combinación SO. Parece como si al decir “yo debo” (*ich soll*), fuera implícito en tal frase el “yo soy”. Y lo mismo ocurre con los equivalentes del “yo soy” en otras lenguas románicas, como el catalán *jo soc*, el portugués *eu sou* o el italiano *io sono*: en todos estos casos se hace también presente la combinación de las dos letras iniciales SO que forman el vocablo germánico *Soll*, tan expresivo en su escueta sencillez monosilábica.

Tiene razón Wundt al vincular el deber con la perfección o consumación. **El sentido del deber pide búsqueda de la perfección**, aun cuando ésta sepamos que es difícil de alcanzar, dadas nuestras limitaciones, debilidades y deficiencias. Será siempre una perfección relativa la que logremos, pero así y todo debemos ir en pos de ella, esforzarnos por realizarla. No por ser una perfección relativa será menos meritoria ni menos admirable. Lo que cuenta es sobre todo el esfuerzo, la tenacidad, la buena voluntad y el ahínco puestos en el empeño. El deber nos llama a ser paulatinamente, pacientemente, lentamente, más perfectos y más completos, con nuestro destino y nuestro objetivo vital bien cumplidos.

La llamada que a nosotros dirige la senda del deber se concreta en el **mandato evangélico “sed perfectos como vuestro Padre es perfecto”**. *Sed*: pero sed en perfección, avanzando siempre en el camino del propio perfeccionamiento, uniendo ser y perfección. Ahondar en el ser o serse en plenitud es perfeccionarse. Cuanto más ser, más perfección; y cuanta más perfección, más ser. No hay que olvidar que el Padre que se nos propone como norte y modelo es al mismo tiempo el Ser y la Perfección, el Ser Supremo que es por eso mismo la Suma Perfección. Cuanto más perfectos seamos, **cuanto más nos aproximemos al ideal de perfección** --por otra parte, siempre lejano, como meta ideal que es--, **más seremos, más se afianzará nuestro ser**, más participaremos en el ser auténtico, esencial e imperecedero.

**Escuchar la voz del deber transforma nuestro ser y nos hace ser mejores.** Lo cual ha de entenderse en un doble sentido. En primer lugar, **hace que nos centremos ante todo en lo que somos**, para, a partir de ahí, fijarnos en lo que hacemos y tenemos, procurando hacerlo y tenerlo todo bien, como Dios manda, de la mejor forma posible. Gracias a la voz del deber imperiosa o persuasiva del deber, no nos tiranizan la acción ni la posesión. **No nos oprimen ni el frenesí activista ni la obsesión posesiva.**

**Ya no estamos tan preocupados por lo que hacemos o dejamos de hacer**, por lo que no podemos hacer y lo que nos gustaría hacer, por lo que nos hacen o lo que nos deberían hacer (y no nos hacen, como por ejemplo, alabarnos o agradecernos lo que hemos hecho en favor de los demás). **Ni tampoco estamos obsesionados por lo que tenemos o dejamos de tener**, por lo que nos gustaría poseer, por lo que hemos perdido y ya no tenemos, por lo que pasa o nos pasa, por lo que nos puedan traer las circunstancias (favorables o adversas). **Nuestra atención estará puesta en hacer y tener bien las cosas, labores o tareas que son nuestras o nos corresponden**; hacerlas y tenerlas como es debido para así ser mejores, para ser como debemos ser, para crecer internamente, lo que es tanto como decir para crecer en lo que somos y nada ni nadie nos puede quitar.

**En segundo lugar, la voz del deber nos enraíza en el ser, en lo que tiene auténtica realidad**, en lo que permanece, en lo esencial, en lo auténtico y duradero, con lo cual nos

encamina hacia lo mejor, hacia lo óptimo y lo más perfecto, hacia los más altos valores. Y esto, a su vez, no puede sino mejorarnos, elevarnos y acendrarlos, haciéndonos más sólidos, más íntegros y enteros, más firmes en la virtud y en el bien. **Por su vinculación con el Ser, hay en el deber una poderosa fuerza de permanencia, de firmeza, de solidez**, de raigambre, de hondura, de estabilidad, de consistencia, de cohesión y coherencia, que no puede sino reflejarse en el comportamiento y la manera de ser de la persona que lo ha erigido en norma de su vivir. El deber nos proyecta hacia las cumbres de nuestra realización integral.

**Cuando cumplimos un deber**, sea éste grande o pequeño, privado o público, interno o externo, **nuestro ser crece, se afianza y fortalece**. Y todavía se acrecienta más, cuando para cumplirlo tenemos que vencer obstáculos y dificultades, ya sea dentro o fuera de nosotros. **Rutilio Sermonti** ha sabido expresarlo con palabras certeras: “Al igual que **la acción innoble disminuye a quien la lleva a cabo**, independientemente del daño que cause en el exterior (que puede también no darse), **todo acto que exige una superación de las propias debilidades, una victoria interior, enriquece el ser** (independientemente del bien que pueda hacer a otros)”.<sup>5</sup> Pero, a su vez, ese ser que se afirma y afianza con la práctica del deber, a medida que se va haciendo más firme, fuerte y vigoroso, facilita el cumplimiento de los deberes, de las obligaciones, de las tareas y compromisos asumidos, pues con él crece también la fuerza de voluntad, la disciplina, la firmeza del carácter, la energía emprendedora y realizadora, el sentido del deber y de la responsabilidad.

Como indica **Michele Federico Sciacca**, en todo acto moralmente bueno, **en todo deber cumplido, hay una conquista del ser**, tanto del ser nuestro como del ser de todo aquello que nos rodea. En cualquier cosa que hagamos con afán de perfección, en cualquier acción u obra que esté bien hecha, en todo acto o gesto que se realiza tratando de hacer lo debido, se crea algo nuevo, sumamente valioso y vital, por darse en ellos una participación en el ser. Gracias a ese entronque en el ser, vamos dando forma a nuestro vivir diario y damos sentido a nuestra existencia, acota Sciacca. “**Se va creando el sentido de lo cotidiano como conquista del ser de nosotros y de las cosas**; he aquí la verdadera grandeza que pasa en silencio casi siempre”, afirma sagazmente el filósofo italiano.<sup>6</sup>

**Lo que hay en la base del deber**, lo que lo fundamenta y le da todo su valor y sentido, es, para decirlo con palabras de Helmut Kuhn, “**la voluntad de Ser**” (*der Wille zum Sein*) o, para expresarlo de forma más exacta, la voluntad que quiere ir “hacia el Ser” (*zum Sein*), lo cual viene a ser lo mismo que “**el amor al Ser**” (*die Liebe zum Sein*). Esta voluntad o amor que tiende hacia el Ser, que busca ante todo el Ser, no es --aclara Kuhn-- sino “la adecuada y oportuna **contrapartida positiva de aquella primordial enfermedad del ánimo**” que es “la **inclinación hacia la Nada**” (*der Hang zum Nichts*).<sup>7</sup>

Este es el mensaje que habría que transmitir a quien tenga dudas o vacile en el cumplimiento de sus deberes, y en general a quien titubee en el camino de la vida: **tu propio ser sale vigorizado cada vez que sales victorioso en esa lucha interior en la cual tienes que decidirte por el deber frente al placer** o frente a cualquier otra tentación que de él pretenda apartarte, que trate de apagar la voz del deber. **Quizá por cumplir tu deber te veas perjudicado**, pierdas dinero, un ascenso o un puesto de trabajo muy apetecible, se resienta tu fama o tu posición social (es decir, cosas que podrías tener y poseer), **pero, a consecuencia de ello, eres más de lo que antes eras**: eres más hombre o mujer, eres más noble y honrado (u honrada), más digno (o digna) de respeto y admiración. En una palabra: **has sido, eres y serás más tú mismo** (o tú misma).

**Los cantos de sirena** que tratan de apartarte de tu ruta, las trabas que se interponen en tu camino, **las razones o sinrazones que dentro de ti se alzan contra la voz del deber, no buscan otra cosa que aminorar tu ser**, hacerte ser menos, hacerte peor y más frágil; en última instancia, empequeñecer, cercenar o destruir tu ser, para dejarte reducido a un ente inane o un pelele sin sustancia; anularte y convertirme en una nada viviente, hundirme en la insignificancia, la trivialidad y la banalidad.

<sup>5</sup> R. Sermonti, *La verità oltre il muro delle menzogne*, Roma, 1998, p. 19.

<sup>6</sup> A. Caturelli, *Metafísica de la integralidad. La filosofía de Michele F. Sciacca*, Córdoba (Argentina), 1959, pp. 310 s.

<sup>7</sup> A. Caturelli, *Metafísica de la integralidad. La filosofía de Michele F. Sciacca*, Córdoba (Argentina), 1959, pp. 310 s.

**Ser o no ser: he aquí la alternativa** ante la que nos sitúa el deber con su mandato imperativo. Esto es lo que se decide en la respuesta que demos a la llamada del deber. **Ser lo que estamos llamados a ser**, poniendo esfuerzo y constancia en ello, **o abandonarnos, dejarnos llevar por las circunstancias** y por el ambiente, renunciar a ser para entregarnos a una búsqueda frenética del poseer y disfrutar.

**Ser lo que se encierra dentro de nosotros como alta posibilidad y promesa, o dejar de ser para sumirnos en una existencia fútil y anodina.** Ser auténticos seres humanos, nobles y cabales, íntegros y fiables, erguidos con dignidad y honor, como columnas que se alzan verticalmente hacia lo alto, o sumirnos en la inhumanidad, desmoronarnos y convertirnos en ruinas, en autómatas manipulados desde fuera, en muñecos rotos, en proyectos de persona truncados o abortados, en residuos y desechos de hombre.

**Esto es lo más importante en nuestra vida, lo que más nos ha de preocupar: ser.** No el hacer más o menos cosas, no el realizar hazañas o proezas que llamen la atención, ni tampoco el tener o poseer en abundancia bienes, propiedades, riquezas, relaciones, amistades, influencias, prestigios, conocimientos y reconocimientos, sino simplemente ser. Con todo lo que esta palabra tan simple, tan sencilla, pero al mismo tiempo tan poderosa, lleva consigo. Deberíamos actuar ante todo sobre lo que somos, ocuparnos en nuestra propia formación y construcción personal, eligiendo bien nuestros principios y nuestras metas, para llegar así a ser lo que tenemos que ser y como tenemos que ser. Esta es la ruta que nos marca el sentido del deber.

[ Continuará en el próximo capítulo: **2. El conflicto entre ser y tener** ]

[www.antonimedrano.net](http://www.antonimedrano.net)